



Geoffroy de Lagasnerie, *La última lección de Michel Foucault. Sobre el neoliberalismo, la teoría y la política*, traducción de Horacio Pons, Fondo de Cultura Económica. Buenos Aires, 2015, pp.113

¿Cómo elaborar una teoría radical, una filosofía crítica y una práctica emancipadora en la era neoliberal? Con esta pregunta se cierran las palabras preliminares que dan comienzo a la edición española del último ensayo de Geoffroy de Lagasnerie, *La última lección de Michel Foucault. Sobre el neoliberalismo, la teoría y la política*, publicada en 2012 en *Librarie Artème Fayard* y en castellano por el Fondo de Cultura Económica. Final de comienzo que, tras anunciar y denunciar el empobrecimiento del pensamiento político contemporáneo producido por una (sospechosamente) homogénea izquierda tradicional, incurre irónicamente en el mismo adanismo que ha propuesto tantos comienzos absolutos como fines de la modernidad. Quienes escriben contra las patologías sociales causadas por el neoliberalismo –escribe Lagasnerie– no describen nada (p. 15). Una izquierda radical que ha quedado “en cierto modo desorientada, paralizada, desamparada a raíz del advenimiento del neoliberalismo” (p. 15).

Contra este estado de las cosas, la obra de Lagasnerie interpreta *El nacimiento de la biopolítica* – la última lección de Michel Foucault– como el ejercicio crítico de un *outsider*. A su juicio, la idea que subyace al curso impartido en 1979 en el Collège de France es que la incursión de Foucault en las fuentes del pensamiento neoliberal consiste en “valerse del neoliberalismo como un test, utilizarlo como un instrumento de crítica de la realidad y el pensamiento. Se trata de ponerse a la escucha de lo que esta tradición tiene para decirnos a fin de emprender un análisis de nosotros mismos. Puesto que enfrentarnos a una doctrina concebida como el “negativo de nuestro espacio habitual de reflexión equivale, en cierta forma, a enfrentarnos a nuestro inconsciente, a los límites de nuestra propia reflexión” (p. 23).

Esta es la propuesta hermenéutica con la que el filósofo y doctor en sociología por la *École des hautes Études en Sciences Sociales* nos ofrece en la introducción: *Naissance de la biopolitique* (1979) como «dispositivo experimental» que ya en 1970 habría escrito Foucault con el mismo propósito que, treinta y siete años después, parece justificar que Lagasnerie tenga que aclararlo.

Lagasnerie escribe contra un muñeco de paja zurdo y bastante torpe: una izquierda tradicional caracterizada por su incapacidad de comprender el neoliberalismo; incapacidad que la llevaría una y otra vez a identificar el fenómeno con una ideología conservadora y reaccionaria por la que nadie debería mostrar ningún interés intelectual. Para hacer valer que el neoliberalismo no es lo que él dice que la izquierda dice que es, el autor despliega las razones por las que el neoliberalismo (bien interpretado) podría llegar a hacer lo que él dice que puede hacer, que no sería otra cosa que lo que Foucault, a su juicio, quiso hacer: elevar a la conciencia el material

reprimido en la tradición política de la izquierda tradicional, o, en palabras del autor, para sentar las bases (tomado en negativo) de un verdadero cuestionamiento de la gubernamentalidad neoliberal (p. 24). A partir de aquí comienza la que sería sin duda una brillante introducción a algunos aspectos centrales del curso, donde Lagasnerie desgana los atributos del neoliberalismo a los que Foucault prestó mayor atención.

En catorce apartados y poco más de un centenar de páginas asistimos a una ágil concatenación de aciertos en lo que respecta a la caracterización del neoliberalismo como intento de ampliar el espectro de la inteligibilidad económica para la producción de orden social. Acierta Lagasnerie, a nuestro juicio, al partir de la voluntad de Foucault por mostrar que el neoliberalismo, antes de que figuras como Thatcher o Reagan dieran el salto al poder institucional (aunque, todo sea dicho, después y durante la experiencia chilena) ya era *algo* (algo distinto de una revancha reaccionaria en nombre del liberalismo clásico y de la restauración del *laissez faire*) (I. *El neoliberalismo, una utopía*, pp. 31-35). Acierta (a medias) al situar el supuesto carácter progresista y pluralista del proyecto neoliberal en la creencia (supuestamente susceptible de justificación científica) que afirma, contra las perturbaciones provocadas por el dirigismo económico, la capacidad del mercado para auto-regular los precios a través de la información introducida por los consumidores, lo que terminaría por generar un mayor número de oportunidades para un mayor número de individuos. A la larga, esto permitiría el mejor equilibrio posible entre *libertad individual y justicia distributiva* mientras el estado fuese capaz de mantener las ambiciones colectivistas y anti-competencialistas a raya (II-IV: pp. 35-47). Decíamos que acertaba a medias, porque sorprende que Lagasnerie, en el capítulo donde expone la eficacia como valor añadido de la forma mercantil de la sociedad, III. *La justificación científica del mercado*, trate de hacer pasar a Foucault como a un pensador que tomase la producción de verdad de un discurso científico como algo valioso de “psicoanalizar” (en el sentido simple que le da el autor como *verse desde fuera*), y no como al autor que de hecho fue: un pensador profundamente interesado por el despliegue de una novedosa tecnología gubernamental (la biopolítica) que encontraba en la gubernamentalidad neoliberal su última mutación.

Vuelve a acertar al poner el acento en el que, a nuestro juicio, constituye el rasgo más afín del ethos intelectual foucaultiano y el teórico neoliberal. Una prestación teórica que es común tanto a la discursividad foucaultiana como a la neoliberal y que ataca frontalmente a la lógica que presupone la unidad social que se propone restaurar –sin olvidar, como Lagasnerie parece hacer, que Foucault hablaría del neoliberalismo como de un proyecto que presupone la sociedad que pretende producir–. En Foucault la crítica atravesaría el ataque a los universales y a toda supuesta correspondencia entre las palabras y las cosas: el cierre del universo en el acoplamiento entre el sujeto, su verdad y el mundo. Para el neoliberalismo la lucha se libra contra el delirio conservador e hiper-controlador que afirmaría que es posible atrapar la complejidad de lo social en un concepto unificador de sociedad (V. *Sociedad, comunidad y unidad*). La tensión entre las perspectivas que defienden la unidad posible y cognoscible del orden social (del contrato al fin de la historia por la lucha de clases) y las posturas de la pluralidad y la aceptación de la contradicción entre ideales irreconciliables (VI. *Deshacer la sociedad*) sirven a Lagasnerie para descubrir aquellos rasgos del pensamiento neoliberal, a trasluz del Foucault de la década de los setenta, que lo convertirían en “una de las encarnaciones contemporáneas de la tradición crítica” (83).

En un ejercicio de caridad hermenéutica que, sin duda, da lugar a las mejores páginas del ensayo, Lagasnerie va a recorrer el pensamiento de Foucault sobre la grilla de la contraposición neoliberal entre éticas liberales y las éticas conservadoras propuesta por Hayek (VII. Ética liberal y ética conservadora, hasta X. *No ser gobernado*: 63-85). Hayek, quien ya había descubierto la potencia propagandística del binarismo en su *Road of Serfdom* (1944) y en textos como “Porquoi je ne suis pas conservateur” o “Social? Qu’est-ce que ça veut dire?” reconduce todas las tensiones a la oposición entre la ética progresista y conservadora, contra la metafísica de lo colectivo y sobre la justificación científica de la *catalaxia*, concepto que acuña Richard Whately y que Hayek sistematiza para señalar, tal y como encontramos en el segundo volumen de *Law, Legislation, and Liberty* (1973) al orden que emerge espontáneamente por el ajuste recíproco de una multiplicidad de economías individuales en un mercado. Sobre estas tesis –que he referido a la *catalaxia* por motivos de brevedad, y por ser un concepto que, aunque no lo utiliza Lagasnerie, se presupone–, en *Inmanencia, heteogeneidad y multiplicidad* (VIII), *Esepticismo y política de las singularidades* (IX), nuestro autor expone las que constituyen a su juicio las claves del pensamiento foucaultiano y su afinidad epistemológica con los pilares del pensamiento de Hayek: i) la inexistencia de la sociedad, ii) la desconfianza crónica a los universales, iii) el reconocimiento de los límites de la razón a la hora de gobernar el devenir histórico, y, sobre todo, iv) la crítica como “arte de no ser gobernado” (83). Estos constituirían los principios descubiertos por Foucault en el neoliberalismo que justificarían su inmersión en el mismo para ofrecer un dibujo negativo del proyecto emancipador de la izquierda de su tiempo, obsesionada con el problema del Estado y con las concepciones jurídicas y/o socioeconómicas del poder. Ambas habrían sido identificadas como vías de “legitimación del Estado y de dominación política” (87; XI. Política, derecho, soberanía) y contra éstas el neoliberalismo vendría dotado de una jugosa carga crítica.

Para matizar el alcance crítico de esta propuesta es necesario señalar dos elementos decisivos del pensamiento foucaultiano que la interpretación de Lagasnerie no considera pese a su evidente pertinencia, omisión que está llamada a conducir a graves equívocos. Enunciados con la máxima brevedad: primero, la tesis de Foucault acerca del carácter constructivo y no sólo represivo del poder; segundo, la imposibilidad de suspender la presencia de las relaciones de poder. Tesis difícilmente compartidas por la tradición neoliberal y su utopía mercantil.

Podríamos atender a un tercer elemento que Foucault aclara en la entrevista *Verdad y poder* y tiene que ver con la crítica, el poder y la verdad. Allí afirma:

No se trata de liberar la verdad de todo sistema de poder –ya que esto sería una quimera, pues la verdad es, por sí misma, poder–, sino más bien de separar el poder de la verdad de las formas hegemónicas (sociales económicas, culturales, en el interior de las cuales funciona, por el momento).

La cuestión política, en suma, no es el error, la ilusión, la conciencia alienada o la ideología; es la verdad misma.¹

¹ Foucault, M.; “Verité et pouvoir”, entrevista con M. Fontana en *L’Arc*, 70, n° especial, 1971, pp. 16-26. Disponible en castellano en *Michel Foucault. Obras esenciales*, “Estrategias de Poder”, traducción de Julia Varlea y Fernando Álvarez Uría, Barcelona, Paidós, 2013, p. 391

Esta la razón por la que la propuesta hermenéutica de Lagasnerie exige de muchas matizaciones que en el ensayo brillan por su ausencia: Foucault no puede creer en la verdad del neoliberalismo como discurso capaz de mantener a raya los efectos represivos del poder con independencia de su rendimiento efectivo en prácticas y escenarios concretos. A su vez, y esto es lo valioso de la obra de Lagasnerie, tampoco puede ser tachado de represivo al margen de los mismos. No es lo mismo un neoliberal en la sede del Partido Comunista Francés a finales de la década de los setenta y un neoliberal, hoy, al frente del Fondo Monetario Internacional, lo que nos lleva a cuestionar muy seriamente el modo en que Lagasnerie presenta *La última lección de Michel Foucault* sin aludir a la evolución performativa del discurso neoliberal entre 1979 y 2016. Así, cuando Lagasnerie rescata la prestación discursiva que ofrece el *homo oeconomicus* para descalificar al soberano (p. 100) y para aparecer frente al poder jurídico del Estado como un *ser ingobernable* (101) resuena de fondo la caída del Lehmann Brothers como consecuencia de una fiesta de libertad entendida a la neoliberal.

Cuando España en 2011, en el marco de la difícilmente comprensible lucha a muerte contra el déficit público, por poner un ejemplo cercano, reforma el artículo 135 de su constitución para establecer como *prioridad absoluta* el pago de la deuda por parte de las administraciones públicas, ¿acaso no se pone en evidencia la restauración de la lógica disciplinaria mediante la transformación neoliberal de los estados a través de los mecanismos de la deuda y el crédito?

A partir de los análisis de Gary Becker acerca del capital humano y el enfoque económico de la criminalidad (103-110), Lagasnerie saca a la luz en el último capítulo (XIV. El *homo oeconomicus*, la psicología y la sociedad disciplinaria), de manera lúcida y contundente, la tensión entre el enfoque economicista del neoliberalismo y el proyecto de la sociedad disciplinaria, pero no hay interrogación que se pregunte por la razón por la cual el neoliberalismo, lejos de reducir o suprimir los mecanismos disciplinarios de sujeción, los ha reinventado.

Cuando sus compatriotas Christian Laval y Pierre Dardot escribían en 2009 *La nouvelle raison du monde* acerca de los mecanismos de subjetivación en la producción del neo-sujeto, la universalización de la responsabilidad individual y la propagación de la servidumbre voluntaria; Christophe Dejours publicaba a lo largo de la década de los dos mil sus estudios sobre la banalización de la injusticia y el sufrimiento en el trabajo, o cuando Loïc Waquant escribía en 2009 su *Punishing the poor: The Neoliberal Government of Social Insecurity* acerca de la importancia de la transformación del sistema punitivo en el estado neoliberal y de la sustitución del *welfare* por el *workfare* en torno a los programas de trabajo obligatorio en Estados Unidos, ¿acaso insistían de manera homogénea en la crisis de la imaginación de una izquierda descolocada por el auge neoliberalismo?

Si partimos del carácter radicalmente contextual de las investigaciones foucaultianas y de su carácter instrumental podemos afirmar que la obra de Lagasnerie es una brillante introducción al contexto crítico y a ciertos aspectos de *El nacimiento de la biopolítica*, a la que habría que añadir, por tratarse de un curso escrito e impartido más o menos sobre la marcha, una explicación de su problemático encaje con los otros cursos y una introducción más desarrollada acerca de su defectividad explícita (en palabras de Foucault: *les prometo que yo tenía la intención de hablarles de biopolítica*). Lo que no deja lugar a grandes dudas –y con esto me remito, sobre todo, a las palabras preliminares con las que Lagasnerie presenta la actualidad de

su obra— es que si *La última lección de Michel Foucault* se toma como un aporte que habría de orientarnos a día de hoy en el análisis crítico del neoliberalismo y de la genealogía de lo que se ha constituido como *Realpolitik*, dispersa y descentrada, de la racionalidad neoliberal, la obra de Lagasnerie constituye un anacronismo de dudosa pertinencia intelectual y política.

Alberto Coronel Tarancón